



Mayo

Lunes, 8 de la mañana, hora punta, lluvia densa y viento racheado, demasiado frío para el mes de mayo. El ruido del tráfico no deja escuchar nada más. Sólo las sirenas de las ambulancias, en su carrera a vida o muerte, logran imponerse. Apatía en los rostros de los conductores. En la parada del autobús, dos personas esperan mientras dejan volar sus pensamientos a lugares remotos. Un hombre joven, en la treintena, dibuja en su cara una amplia sonrisa al recordar a su primogénita que nació ayer. En las manos lleva un enorme ramo de flores –lirios rosas y blancos–, el primero que decorará la habitación de su mujer y de su hija.

De pie, esperando con el ceño fruncido, una mujer de unos cuarenta. Viste elegante traje de chaqueta y zapatos de tacón que acompaña con un maletín. En su cabeza también hay niños, pero éstos gritan; y la reunión de por la mañana en el trabajo; y la bronca con el jefe de ayer; y el psicólogo con su hijo



## ¿Quieres ser mi amiga?

mayor esta tarde, por los problemas de comunicación que tienen; y la clase de apoyo de matemáticas del mediano; y el ballet de la pequeña; y la cena, en silencio. El día se presenta tan horrible, que la mujer trata de borrar de su cabeza cualquier atisbo de pensamiento, para no hundirse en una vida con la que no está contenta.

El recién estrenado papá se cambia el ramo de mano y, en ese gesto, los lirios inundan con su olor la parada del autobús, único reducto de aire seco. ¿A qué huele? La mujer cierra los ojos para tratar de hacer más vivo el recuerdo. Los expertos en neurología coinciden en afirmar que una fragancia es capaz de despertar la memoria con más facilidad incluso que una imagen. Ella sabe que no es la primera vez que huele esos lirios dulzones. Y su cabeza la traslada a su infancia, cada vez más remota, a una mañana de mayo soleada, no como ésta. Su imagen era bien distinta: dos trenzas, falda plisada, un calcetín abajo y el otro arriba. Muchas niñas como ella iban pasando en fila india por delante de la imagen de la Virgen. Cada una dejaba su ramo a los pies de la madera tallada. Las más mayores se ocupaban de colocarlos. Ella se quedó parada frente a María, las dos tenían trece años: «Qué curioso –se dijo a sí misma–, si podría ser como una amiga mía. ¿Quieres ser mi amiga?», le preguntó en una suerte de reto para ver si Ella se atreve a contestar. «Soy tu amiga», le contestó la Virgen. Ella se quedó